

La rebelión de los Tártaros  
THOMAS DE QUINCEY

---

LA  
REBELION  
DE LOS  
TARTAROS  
THOMAS  
DE QUINCEY

## Prólogo

En 1830 Thomas de Quincey, que por entonces vivía en The Nab, una granja de Rydal, en la región de los lagos, en casa de la familia de su mujer (en realidad, en ese momento el dueño era él, que había organizado una venta más o menos ficticia a base de préstamos, hipotecas e ilusiones para que sus parientes políticos no perdieran la finca, como naturalmente la perdieron poco después, pero la economía de De Quincey es demasiado complicada para esta breve nota), escribió a una revista proponiendo varios temas de posibles artículos: Giordano Bruno, los Oradores, una Historia de la Lógica, la huida de los tártaros calmuco de Rusia a la frontera de China. No es probable que los escribiera entonces. Escribía poco en la tranquilidad de The Nab -tranquilidad relativa: muchos parientes, muchos niños- como si le hiciera falta la agitación de la ciudad, la proximidad de la imprenta, la urgencia de los plazos que vencen. A mitad de ese año volvió a residir en Edimburgo, al comienzo solo, luego con su mujer y sus hijos, y empezó la vida terrible que sería la suya durante años, vida de pobreza, de deudas y acreedores que siempre estaban a punto de meterlo en la cárcel, de mala salud y opio, de incesante literatura leída, soñada, escrita, publicada en revistas. Por entonces redactó un artículo sobre los calmuco, en el que tal vez había pensado mucho tiempo, pues no apareció, en el *Blacwood's Magazine*, hasta julio de 1837. David Masson, el editor de las **Obras Completas** de De Quincey (Edimburgo, 1889- 1890, 14 volúmenes), creía haber descubierto sus fuentes. La primera es una nota a pie de página, al comienzo del capítulo XXVI de la **Decadencia y Caída del Imperio Romano** de Gibbon:

*Esta gran transmigración de 300.000 calmuco, o torgotos, ocurrió el año 1771. La narrativa original de Kien-Long, emperador reinante de China, que estaba destinada a la inscripción de una columna, ha sido traducida por los misioneros de Pekin (**Mémoires sur la Chine**, tomo 1, págs. 401 a 408). El emperador afecta el lenguaje suave y engañoso de Hijo del Cielo y Padre del Pueblo.*

Esto debió llamar la atención de De Quincey, quien seguramente consultó el volumen de los jesuitas y también el libro de un viajero alemán, Benjamin Bergmann. Ambas obras eran muy raras y Masson piensa haber encontrado en Edimburgo los mismos ejemplares que De Quincey tuvo entre las manos.

Todo esto para decir que **La rebelión de los tártaros**, relato fantástico, narra un hecho histórico. No falta ahora quien habla, siguiendo en esto, como en tantas cosas, la terminología norteamericana, de ficción y no-ficción; en una estimamos la originalidad, el poder de invención; en la otra exigimos la veracidad, el rigor objetivo. Estas limitaciones no se aplican a De Quincey. En su obra, la parte de ficción es casi insignificante, mientras lo que se llamaría la no-ficción -las memorias, las biografías, los ensayos históricos o filosóficos- son una creación imaginaria: dicen la verdad pero una verdad suya, una «verdad sospechosa» lo cual, según Alfonso Reyes, es una buena definición de la literatura. De Quincey lee, por ejemplo, un libro sobre los últimos días de Kant o una vida de Catalina de Erauso. No le interesa seguir documentándose ni conocer el tema más a fondo: el material ajeno le sirve de punto de partida, necesita de él para la propia creación, que consiste no en la simple divulgación, ni tampoco en inventar nuevos detalles (aunque esto puede ocurrirle), sino en poner la mirada sobre los hechos que otro ha contado, hacerlos suyos y volverlos a contar a su manera. En sus libros entraremos en la habitación en que agoniza Kant o recorreremos con la monja alférez las soledades americanas, y sus versiones serán más intensas que las de los propios testigos o protagonistas. Los textos ajenos han suscitado en él unos hechos que vuelven a suceder en el teatro de su imaginación. Este teatro interior donde se desenvuelven, como sin intervención suya, espectáculos prodigiosos, es una de las claves para entender a De Quincey. Al comenzar su

historia de los tártaros nos anuncia que se trata, a un tiempo, de una conspiración, una expedición militar y un éxodo religioso, y añade que no carece de interés histórico y filosófico. Nada le importa más, sin embargo, que el valor dramático -y, más precisamente, escénico- del relato. No ha salido ni saldrá nunca de Inglaterra, pero nos asegura con conocimiento de causa que las estepas, los camellos, las tiendas y los desiertos de nieve o arena podrían representarse en los teatros de su época (en realidad reclaman el cine aún no inventado). Si las imágenes lo obseden es porque *ha visto* lo que cuenta, las mejores páginas de este libro, y de toda su obra, han sido escritas bajo la tiranía de una imaginación cruel y suntuosa, que le ha impuesto los horrores padecidos por un pueblo como antes las pesadillas de sus **Confesiones**... De Quincey, en suma, no es solamente el ensayista digresivo, el humorista imperturbable, el erudito ligeramente enloquecido sino también algo más: un visionario que escribe lo que ha visto y vivido en el sueño, «el sueño (autor de representaciones)».

Luis Loayza

### **Rebelión de los tártaros o huida del Khan de los Calmucos y su pueblo de los territorios de Rusia a las fronteras de la China**

En la historia moderna, y tal vez pueda decirse que en toda la historia, a partir de sus más tempranos anales, no hay acontecimiento que se conozca menos ni que impresione tanto a la imaginación como la huida que durante la segunda mitad del siglo pasado emprendió hacia oriente, a través de las estepas interminables de Asia, una de las principales naciones tártaras. El *terminus a quo* y el *terminus ad quem* de la huida son igualmente magníficos -el primero el trono más poderoso de la Cristiandad, el segundo el más poderoso del Paganismo- y las circunstancias románticas que la rodean ponen de relieve armoniosamente la grandeza de ambos extremos. Lo brusco del comienzo y la fiera rapidez de la ejecución anuncian el carácter bárbaro y apasionado de quienes encabezaron el movimiento. En la unidad de propósito que congrega una miríada de voluntades y en la trayectoria ciega pero certera hacia un blanco tan remoto hay algo que recuerda los instintos omnipotentes que impulsan las migraciones de la golondrina y el lemming o las marchas devastadoras de la langosta. La sombría venganza de Rusia, que prendió su cruel artillería a la retaguardia y los flancos de los vasallos fugitivos evoca imágenes de Milton: pienso en la mano solitaria que persigue a la hueste rebelde a través de los espacios desiertos y el antiguo caos, hasta alcanzar con salvas atronadoras a quienes ya se creían al amparo de la oscuridad y la distancia.

Más adelante tendré ocasión de comparar este acontecimiento a otras grandes catástrofes nacionales por lo que se refiere a la magnitud del dolor. También habría que compararlo a algunos hechos semejantes en cuanto a sus posibilidades dramáticas. Pocos casos de la imaginación o la historia se sostienen junto a éste por la *complejidad* de sus distintos intereses. Considerando la empresa en sus rasgos principales vistos en relación con los motivos, tácitos o explícitos, que la provocaron y las sanciones religiosas que le sirvieron de apoyo, se advierte que posee un triple carácter: 1, el de una *conspiración*, de tan estrecha unidad en los incidentes y tanto interés en los personajes de la acción como se encuentran en la **Venecia Defendida** o el **Fiesco** de Schiller y de contrastes dramáticos igualmente espléndidos; 2, el de una gran expedición militar, caracterizada por los mismos rasgos románticos, es decir, las enormes distancias recorridas, las tremendas derrotas que fue preciso soportar, las rutas ignoradas, los enemigos oscuramente conocidos y las adversidades vagamente prefiguradas, que distinguen a la expedición egipcia de Cambises -la anábasis de Ciro el Joven y la consiguiente retirada de los diez mil, las expediciones romanas a Partia, sobre todo las de Craso y Juliano- o (más desastrosa que cualquiera de ellas así como más amplia por el espacio y por el número de las fuerzas) la anábasis y catábasis de Napoleón en Rusia; 3, el de un *éxodo* religioso, autorizado por un oráculo que muchas naciones de Asia veneran, semejante en esto al gran éxodo escritural de los israelitas bajo Moisés y Josué, y también por la singular característica de llevar los tártaros

consigo a todas sus familias, a sus mujeres, hijos y esclavos así como a sus rebaños de vacas y ovejas, a sus caballos y sus camellos.

Este triple carácter, como es natural, aumenta el interés de la empresa. Pero el interés dramático que le atribuye, la posibilidad de su representación en escena, depende en parte de la variedad y vigor tan acusados de las fuerzas personales y, en parte, de la sucesión de situaciones dramáticas. Las estepas, los camellos, las tiendas, los desiertos de nieve y arena no se hallan fuera del alcance de las modernas facultades de representación que vemos ejercitarse a cada instante en los teatros de París y Londres; y las diversas situaciones desplegadas comenzando por la conflagración general en el Volga -pasando luego a las desastrosas peripecias de la huida (que se multiplicaron desde el comienzo)- al asedio de los tártaros a la fortaleza rusa de Koulagina -la batalla sangrienta contra los cosacos en los pasos montañosos de Ouchim-, la emboscada de los Bashkirs y los puestos avanzados del ejército ruso en Turgai; la conspiración privada contra el Khan en este mismo lugar; la larga sucesión de escaramuzas; de las últimas matanzas en el lago de Tengviz, a ojos de los chinos, y, en fin, el trágico castigo de Zebek Dorchi en el pabellón de caza del emperador chino: todas estas situaciones comunican una animación teatral a la increíble historia en su tratamiento dramático; de otra parte los hechos tienen, además, un interés más elevado y filosófico en cuanto realmente acaecieron y conmemoran una gran revolución, para bien y para mal, en las fortunas de todo el pueblo, un pueblo semibárbaro pero de corazón sencillo y antiguo linaje.

El 21 de enero de 1761, el joven príncipe Oubacha asumió el cetro de los calmuco a la muerte de su padre. Ya desde los catorce años, en su condición de Vice-Khan, había ejercido parte del poder asignado a tal dignidad, por expreso nombramiento del Gobierno de Rusia y con su apoyo declarado. Ahora contaba dieciocho años, era persona amable y no le faltaban títulos que le valieran el respeto debido a un príncipe soberano. En épocas más tranquilas, y en un pueblo más civilizado o más humanizado por la religión, hasta es probable que desempeñara con distinción sus altas funciones. Pero le tocaron en suerte tiempos tormentosos, una crisis difícilísima en medio de tribus cuya ferocidad innata se hallaba exacerbada por formas envilecedoras de superstición y por un convencimiento del propio mérito tan vano e hinchado que no admite precedentes, mientras que su dura y triste posición bajo la celosa vigilancia de un señor supremo e irresistible, el Zar de Rusia, exasperaba el áspero temperamento calmuco, y los aguijones de la sospecha y la desconfianza, al enconar sus cualidades más sombrías, las incitaba a la acción. En tales circunstancias ningún príncipe podía confiar en la franca lealtad de sus vasallos ni esperar que su reinado fuese de paz; el dilema en que se hallaba el gobernante calmuco era el siguiente: *sin* la sanción y el apoyo del Zar resultaba demasiado débil en lo exterior como para ganarse la confianza del pueblo o resistir a sus competidores; de otra parte, *con* este apoyo, debía su título en cierta medida a la Corte Imperial y, en la misma medida, se volvía aborrecible en todo el ámbito de sus propios territorios. A un tiempo inspiraba odio por el pasado, por ser un monumento viviente de la independencia nacional perdida en la ignominia, e inspiraba desconfianza en cuanto al futuro, pues ya se había revelado como el fiel instrumento de las voluntades (cualesquiera fuesen) de la Corte de Rusia. Puesto que heredara el cetro calmuco rodeado de los gravísimos prejuicios que inspiraban las desgraciadas circunstancias de su posición, cabía esperar que Oubacha sería detestado por todos ya que, aparte de depender, como era bien sabido, del Gabinete de San Petersburgo, tan sólo -diecinueve años antes, o sea en memoria de la presente generación, se había roto la línea directa de sucesión y suspendido violentamente el principio de la herencia en favor de su padre. Tal como su padre, Oubacha se hallaba en plena corriente de los prejuicios nacionales y podía anticipar la más abierta hostilidad. No fue así, sin embargo; tal es la inconsecuencia humana que hasta llegó a ser, en cierto sentido, popular, favor que lo alentaba y que prometía ser duradero pues se debía exclusivamente a sus cualidades personales de bondad y llaneza así como a lo liberal de su gobierno. De otra parte, para contrarrestar esta inesperada prosperidad a comienzos de su reinado, se encontró un rival -y casi un enemigo- ante el afecto popular en la persona de Zebek Dorchi, príncipe de grandes pretensiones al trono -casi se podría decir que iguales a las suyas- ya que pertenecía a la misma

familia real, si bien a una rama distinta. Las razones de orden público que podía invocar eran, quizá, tan válidas como las de Oubacha, mientras que sus dotes personales, aun las que un observador filosófico consideraría más odiosas y repulsivas, resultarían eficacísimas para los oscuros propósitos de un intrigante o un conspirador y, en general, le ganaban el apoyo del pueblo justamente en los aspectos en que Oubacha era más deficiente. Zebek Dorchi era de apariencia muy superior a su adversario reinante y por ello estaba más calificado para ganarse la adhesión de un pueblo semibárbaro, mientras que sus tenebrosas facultades intelectuales de disimulación maquiavélica, profunda hipocresía y perfidia sin el menor asomo de remordimiento, le convenían admirablemente para defender el terreno ganado a la gente sencilla con quien trataba y a la confiada inadvertencia de su inconsciente rival.

Al emprender su carrera de traición Zebek Dorchi fue lo bastante sagaz para comprender que nada ganaría proclamando su hostilidad al príncipe reinante: la elección había sido bien meditada de parte de Rusia e Isabel Petrovna no retiraba con ligereza o por causas insignificantes los favores que había concedido. Declarar su enemistad al pariente que ocupaba el trono no haría sino armar sus sospechas, y por ahora le era indispensable mantenerlo engañado. Así pues, tras mucho pensarlo, eligió esta manera de tender sus trampas: hizo correr el rumor de que varios Saissang (nobles calmuco) se habían conjurado para asesinarlo y, como si su vida estuviese en peligro, huyó con bien fingida alarma a Cherkask, seguido por sesenta y cinco tiendas. Desde allí mantuvo correspondencia con la Corte Imperial y pronto acudió en persona a San Petersburgo para defender mejor su causa. Una vez admitido a las reuniones privadas del Gabinete no le fue difícil convencer a los consejeros rusos de algunas de sus opiniones políticas, y con ello empezó a meter secretamente la cuña que al cabo le permitiría alcanzar sus fines. En particular persuadió al Gobierno de Rusia de que hiciera una reforma muy importante en la constitución del Consejo de Estado Calmuco, que tuvo por consecuencia trastocar la situación política del país y romper el equilibrio de poderes hasta entonces vigente. El Consejo -llamado Sarga en idioma calmuco- estaba integrado por ocho miembros, los Sargatchi, quienes conforme a la tradición se hallaban enteramente subordinados al Khan; en la práctica tenían funciones de ministros o secretarios, aunque siempre con un rango inferior al príncipe. En los reinados anteriores esto había sido causa de algunos inconvenientes y para Zebek Dorchi fue muy fácil señalar al celo de la corte de Rusia los peligros más graves que podrían surgir en caso de guerra y otras eventualidades.

Por lo tanto se resolvió que en adelante los Sargatchi disfrutarían de plena independencia, es decir que (en cuanto a la responsabilidad) se hallarían en pie de igualdad con el Khan. Sin embargo sólo serían independientes frente a su propio soberano, pues en relación con Rusia se les colocaba en una nueva posición de dependencia y sumisión directas, al crearse en su favor pequeñas pensiones (300 rublos anuales), que para los calmuco eran más de lo que puede suponerse y cuyo valor se acrecentaba por tratarse de una distinción honrosa concedida por la gran emperatriz. Esto permitió a Zebek Dorchi alcanzar sus fines por el momento aunque, aparentemente, sólo por el momento, pues al desenvolverse sus intrigas el más arduo de los obstáculos sería para él depender de la influencia rusa. No obstante, logró entonces un nuevo triunfo, que descartaba toda consideración de menor importancia, pues lo facultaba para suprimir a su gusto todo lo que se opusiera a sus planes: él mismo fue nombrado Presidente y Contralor de los Sargatchi. La corte rusa había reparado en las altas pretensiones que le inspiraba su origen y pensaba satisfacer con este honor una ambición que, en un noble de tal calidad, se consideraba una pasión justificable.

Habiendo engañado por completo al Gabinete de Rusia, Zebek Dorchi procedió, ya en su nuevo cargo, a cumplir su misión política ante el Khan de los Calmuco. Con tanta habilidad preparó el terreno para que se le acogiera favorablemente en la corte del príncipe que, desde el primer momento, todos lo recibieron como a un benefactor. Las pensiones de los consejeros eran nuevas riquezas vertidas al tesoro tártaro y la experiencia aún no había enseñado a esas rudas tribus a reconocer los vínculos de subordinación así creados. Que el propio Zebek fuera el jefe de los consejeros mercenarios estaba tan lejos de considerarse una ofensa o una razón para la

desconfianza que hasta el Khan, su pariente, le agradeció cordialmente sus servicios; creyendo que si había aceptado el nombramiento era sólo por excluir a otros pretendientes menos deseables, que no tendrían las mismas razones de sangre o amistad para cumplir sus deberes con buena voluntad hacia los calmuco. Lo primero que hizo al asumir sus nuevas funciones ante el Khan fue atacar a la Corte de Rusia por la intromisión en el Consejo que él mismo había sugerido, romántica infamia que se hace duro creer. El paso era arriesgado pero imprescindible para seguir avanzando en el camino funesto que se había trazado. Meditaba una triple venganza: 1. contra el Gabinete de Rusia, por subestimar sus pretensiones al trono; 2. contra su amable rival, por haberlo suplantado y, 3. contra todos los nobles que con su menosprecio le hicieron sentir que era débil y con su desconfianza, la perfidia del propio temperamento. El plan era de una magnífica perversidad. ¿Cómo podía levantar un edificio de tan imponentes dimensiones alguien como él, a quien se diría incapaz hasta de completar las partes más nimias? Siendo él un gusano, ¿cómo osaría atacar al fiero dragón de Moscú, el potentado que contaba trescientos idiomas en torno a las gradas de su trono, el «león rampante» que aterra por igual «al bautizado y al infiel», a la Cristiandad, fuerte por su inteligencia y su organización, y al «Oriente bárbaro», de muchedumbres innumerables? El combate era monstruoso, pero en su misma monstruosidad había un átomo alentador: que nadie podría ni siquiera sospecharlo. En lo desesperado del plan fundó sus esperanzas Zebek Dorchi, y resolvió ejecutar una venganza que abarcaría, en la unidad de una tragedia bien construida, a todos los que juzgaba enemigos suyos. La venganza consistía en separar del Imperio de Rusia a la nación calmuca, cortando de un tajo los lazos que hasta entonces fueran beneficiosos para ambos. Esta última consideración no podía detenerlo. Ciertamente, Rusia había otorgado a los calmuco tierras y extensos pastos; ciertamente también, los calmuco, en reciprocidad, dieron a Rusia una potente caballería. La segunda de estas pérdidas sería parte de su triunfo; la primera podía compensarse con creces en otros climas, bajo otros soberanos. Una vez consumado, el plan lo vengaría amargamente de la Zarina y mientras lo ponía en práctica le iría presentando muchas oportunidades de aniquilar a sus demás enemigos. Cabe suponer, en efecto, que quien alza fríamente la mirada hasta la autócrata de Rusia para desafiarla a un duelo personal no ha de inquietarse demasiado por sus enemigos calmuco, cualquiera sea su rango. Zebek Dorchi decidió, severa e irrevocablemente, el traslado asombroso de su antiguo pueblo a través de los desiertos del Asia Central, donde no existen caminos sino ríos caudalosos, rara vez cruzados por puentes, cuyos vados sólo conocen quienes tienen interés en ocultarlos; a través de muchas naciones inhospitalarias y hostiles; con el hielo y la nieve en torno (por la necesidad de iniciar la huida en invierno), el hambre delante y el sable y la artillería de una emperatriz poderosa y ofendida colgados a la retaguardia a lo largo de miles de millas. ¿Cuál sería su destino final, el puerto en el que hallarían amparo después de un recorrido tan temible? Dos cosas eran evidentes: tendría que ser una poteneia situada a gran distancia de Rusia, de modo que aun por esta razón no hubiese esperanza alguna de retorno, y una potencia tal que los protegiese de los esfuerzos de la Zarina por recobrarlos o castigar su rebeldía. Innegablemente ambas condiciones se reunían en Kien Long, emperador reinante de China, grato a los calmuco y por el respeto con que trataba al jefe de su religión. A la China entonces: Zebek decidió que la fuga de los calmuco tendría por meta la reunión de la sombra de la Gran Muralla.

Luego vino la cuestión de tiempo -¿cuándo debía comenzar la huida?- y por último la cuestión, aún más delicada, de elegir cómplices. Era indudable que si se divulgaba la conspiración no faltaría quien la traicionase al gobierno ruso, y sin embargo en algún momento de los preparativos habría que fiarse de muchos, único medio de que los calmuco proveyeran a sus familias de lo requerido para una migración tan prolongada. Zebek resolvió aplazar este paso decisivo hasta el último momento y, en todo caso, no revelar sus planes a todos mientras no se hubiese fijado definitivamente la fecha de la partida. Entre tanto se confió sólo a tres personas. Una de ellas era, casi por necesidad, Oubacha, el príncipe reinante, pero en vista de su carácter transigente y algo débil, pensaba en él más como un instrumento que como un cómplice activo.

En cambio comunicó sin reserva alguna sus intenciones (si acaso llegó a tanto con alguien) al Gran Lama de los calmuco y a su propio suegro, Erempel, príncipe de una tribu de los alrededores del Mar Caspio. Otorgó a este último su confianza, no porque lo creyese de un talento a la altura de las circunstancias, sino a causa de la ciega devoción que le mostraba, llevado por el deseo ansioso y apasionado de promover la elevación de su hija y su yerno al trono de un príncipe soberano. Zebek ya tenía el título de príncipe, pero a oídos de los ambiciosos rebeldes esta dignidad sonaba a hueco sin la sustancia del cetro. El otro cómplice, llamado Loosang-Dhaltzan, Lama o pontífice de los calmuco, era hombre de aspiraciones más distinguidas; algo había en él del orgullo sombrío y aterrador del propio Zebek, y daba pruebas también de la misma energía, la misma crueldad infatigable y una facilidad de disimulo aún más profunda. Fue él quien resolvió la segunda cuestión y decidió el momento en que los designios se convertirían en realidad. Su propio carácter de pontífice le sugirió que, para fortalecer la influencia de los conspiradores sobre la vasta multitud de gentes sencillas que conducirían a la soledad atroz de los desiertos, tras obligarlas a destruir sus antiguos hogares, era de imperiosa necesidad que pudiesen invocar ante ellos, en cualquier extremidad, la sanción manifiesta de Dios en apoyo de la empresa. La única manera de lograrlo era dirigiéndose al sumo pontífice de su religión, el Dalai Lama del Tibet. Fácil fue persuadirlo de que los ayudara en sus planes, y el oráculo del Tibet proclamó solemnemente que el gran éxodo sólo prosperaría si se efectuaba durante los años del *tigre* y la *liebre*. Los Calmuco tienen por costumbre dar a cada año el nombre de uno de doce animales y, como el orden de sucesión es absolutamente fijo, el ciclo se repite en períodos de doce años. Por consiguiente, si no aprovechaban el próximo año del tigre, la expedición tendría que demorarse durante doce años más y en ese plazo, aun si no surgían otros cambios desfavorables, el gobierno de Rusia tendría buen cuidado en reprimir sus propensiones errantes con un cinturón de fortalezas o guarniciones militares, si acaso no se valía de un medio aún más sencillo para asegurar su fidelidad (y del cual ya se hablaba en todas partes) adueñándose de un gran número de rehenes escogidos en las familias más nobles e influyentes. Estas razones hicieron que se decidiese con toda solemnidad iniciar el terrible experimento el próximo año del tigre, que coincidía con el año 1771 de la era cristiana. Por desgracia para los calmuco una vez decidido el año les quedaban aún menos posibilidades de elegir el mes. Era absolutamente necesario, o al menos así se creía, que todas las divisiones de la nación que pastaba sus rebaños en ambas riberas del Volga se reuniesen sin pérdida de tiempo, pues el peligro de que viniesen a interceptarlas las columnas ligeras de los ejércitos imperiales sería mayor justamente en un primer momento: Ahora bien, a falta de puentes o embarcaciones suficientes como para que atravesara el río una multitud tan enorme, el único medio con que podía contarse (sobre todo tratándose de tantas mujeres, niños y camellos) era el *hielo*, y sólo llegado el mes de enero se tendría la plena seguridad de encontrarlo lo bastante firme. Así fue como el asombroso éxodo de todo un pueblo se fijó definitivamente para enero de 1771, antes de que la noticia circulara como simple rumor entre quienes más interesados se hallaban en ella y de que tan siquiera se sospechase que los deseos de alguien apuntaban en tal dirección. Casi había llegado la Navidad de 1770 y los pobres y rudos pastores calmuco seguían durmiendo cada noche en sus lechos de paz, sin soñar que sus gobernantes habían pronunciado el *fiat* que condenaba sus dulces hogares, y la calma y la abundancia que en ellos reinaba, a la más triste desolación, ya entonces inminente.

Entre tanto continuaba la cruenta guerra entre Rusia y el Sultán y, mientras no arrojase el yugo del vasallaje, Oubacha debía aportar su acostumbrado contingente de ayuda militar. Aún más, lo prudente era, por desgracia, que prestase una ayuda mayor a la usual. La experiencia demuestra claramente que, por razones misteriosas e inexplicables, siempre que se prepara una gran empresa, aunque sean pocos y fieles los participantes, surge un presentimiento -una oscura desconfianza- en aquellos a quienes es preciso engañar. Sea como fuere, aún no se había pronunciado una sílaba de la conspiración ante nadie cuya existencia misma no dependiera del silencio y ya el Gabinete de Rusia se interesaba, con vaga inquietud, en los planes del Khan de los Calmuco, y es muy probable que, de no hallarse en medio de una guerra furiosa, por lo cual

era prudente conciliarse a un vasallo tan importante o al menos abstenerse de todo lo que pudiera ofenderlo, en ese momento se habrían tomado medidas que frustrasen para siempre los planes Calmucos. La inquietud de la Corte Imperial, aunque leve, no escapó a las miradas maquiavélicas de Zebek y el Lama. Aconsejado por ellos Oubacha cedió a las exigencias de la hora y trató de aplacar las sospechas de la Corte de Rusia acatando sus políticas y dando muestras excepcionales de celo a fin de borrar la impresión desfavorable que pudiera tener la Zarina. Aumentó por ejemplo, sus contribuciones, y de modo tan prodigioso que se presentó al cuartel general con una fuerza de 35.000 hombres a caballo plenamente equipados; algunos van más allá y hablan de 40.000 hombres, pero en todo caso la cifra inferior está en lo cierto.

A la cabeza de tan magnífico despliegue de caballería pesada y ligera el Khan inició la campaña con grandes esperanzas que no tardaron en cumplirse con creces. Tuvo la buena fortuna de luchar contra las tropas sin organización ni disciplina que entonces formaban el grueso del ejército turco, y en muchos encuentros parciales llevó la victoria prendida a sus banderas; por último derrotó en batalla campal a los turcos, que dejaron sobre el terreno 5.000 hombres.

Lo más probable parecía que, por varias razones, estos triunfos espléndidos fuesen otros tantos obstáculos a la rebelión inminente. La gloria militar pesaría sobre Oubacha para que mantuviese sus relaciones con el imperio en cuyo servicio la había ganado, el único que podía apreciarla cabalmente. Había llegado a ser gran mariscal de un imperio inmenso, uno de los Paladines que rodean el trono; en China no sería nadie o (peor aún) un mendigo extranjero que, postrado a los pies de un príncipe que no conoce, solicita una limosna precaria. Por lo demás, era de suponer que la Zarina, agradecida por la eficaz ayuda del príncipe tártaro, le concedería recompensas lo bastantes eminentes como para sujetar sus esperanzas en Rusia y apartarlo de toda posible seducción. La prudencia y el sentido común sugerían estas conclusiones a todos los que adoptasen ante el caso una actitud imparcial. Sin embargo se engañaban. La Zarina tenía presentes sus obligaciones para con el Khan pero no quiso reconocerlas. ¿Por qué? Tal vez el misterio no se aclare nunca pero lo cierto es que así ocurrió. No se concedieron al Khan honores de ninguna clase; no se dictó ningún *úkase* que proclamara sus méritos. Es posible que aun cuando Rusia lo premiara con largueza otros viniesen a contrarrestar toda tendencia a la reconciliación. Erempel, Zebek y Loosang el Lama estaban conjurados para oponer la propia vida a cualquier arreglo y sus enemigos mortales los ayudaron en sus propósitos. En la Corte de Rusia algunos grandes señores sentían por los calmucos rencor y odio tan ciegos e intensos como los que sentían los calmucos por Rusia y quizá no tan bien fundados. Los calmucos, a su vez, detestaban el yugo que les imponían los rusos, la irritante usurpación de la autoridad, el desdén que advertían en sus actitudes y palabras, puesto que eran tratados como un pueblo de salvajes feos, estúpidos e inmundos, y sobre todo el desprecio insolente y hasta los ultrajes que los gobernadores y los principales comandantes militares permitían a sus subordinados ante la bárbara religión y la supersticiosa idolatría del sacerdocio calmuco; todo ello da una idea del resentimiento y la cólera feroces con que los rusos se volvieron contra los desdichados calmucos al ver que el gusano aplastado se retorció o intentaba una débil represalia. Lo más probable es que, ante las espléndidas victorias de Oubacha y Momobatcha sobre los turcos y bashkirs; la envidia y el orgullo herido no hicieran sino acrecentar la ira de los rusos. Las intrigas de los nobles que rodeaban a la Zarina, quienes se hallaban poseídos por estas pasiones, fueron seguramente causa de la política tan imprudente como desagradecida que se siguió en esta crisis en relación con el Khan de los Calmucos. La Zarina ya no era Isabel Petrovna sino Catalina II, princesa que muy pocas veces habría de equivocarse en las medidas de su gobierno tan gravemente para sí misma y para los demás. Pronto tuvo muchas razones para arrepentirse del error de política que había cometido. Entre tanto es fácil imaginar que el error coincidió con los demás motivos que ya sustentaban la voluntad de rebelarse de Oubacha y secundó los esfuerzos de los jefes tártaros, preparando al pueblo a que comprendiese lo necesario de la ardua empresa y enconando su orgullo, y la desconfianza que le inspiraba el Gobierno ruso, con el movimiento de adhesión que despertaron los insultos a su príncipe. Es innegable, y hasta los rusos que se han



ocupado con imparcialidad de este gran desmembramiento están dispuestos a admitirlo, que la conducta del Gobierno ruso durante todo el período de espera y la crisis de indecisión en el Consejo de los Calmucos fuese justamente lo que más convenía a los fines de los conspiradores; de hecho, se puso así el sello a sus maquinaciones, con pruebas clarísimas y testimonios oficiales que confirmaban lo que hasta entonces fueran, cuando mucho, vagas sospechas y presunciones indirectas.

Sin embargo, a pesar de todas estas razones, y aun admitiéndolas en cuanto no se niegue la injusticia o el error de política de los ministros imperiales, muchos que han estudiado el caso, tras consultar todos los documentos pertinentes y en especial las cartas y minutas del Consejo que luego se descubrieron, escritas por Zebek Dorchi de su puño y letra, así como el importante testimonio del cautivo ruso Weseloff, a quien los calmucos se llevaron consigo en su huida, concluyen de manera irrefutable que Oubacha era completamente incapaz de impedir o siquiera demorar la rebelión. El mismo se hallaba sujeto a obligaciones religiosas, asumidas con la más terrible solemnidad, que le prohibían abandonar nunca la empresa y hasta cejar un instante en su empeño; en efecto, Zebek Dorchi, quien desconfiaba de la firmeza del Khan una vez que empezaran la alarma y las dificultades, se aprovechó desde un primer momento de su carácter supersticioso para, de acuerdo con los sacerdotes y su jefe el Lama, hacerlo participar en ritos oscuros y misteriosos de consagración y pronunciar juramentos de sanciones tan tremendas que no había calmuco que se atreviese a violarlos. Así pues, Zebek se sentía enteramente seguro de la parte que tocaba al Khan en sus proyectos; lo sabía demasiado ligado a la conspiración por sus terrores religiosos, hasta el punto que ningún honor que le otorgase la Zarina podría hacerlo flaquear; y en cuanto a las amenazas que provinieran de la misma fuente, lo sabía insensible a ellas por acción de otros temores más tenebrosos que se ajustaban mejor a su temperamento. Oubacha era valeroso frente a enemigos de carne y hueso, en medio de los peligros de una guerra entre hombres, pero delicado y tímido como la vieja más supersticiosa ante un sacerdote que frunciera el ceño o cualquier vaga anticipación de castigos espectrales. Aun cuando así no fuera o hubiese razones para dudar de la constancia del príncipe llegado el momento decisivo, tampoco esto tuviera gran importancia, pues los cambios logrados en la política nacional de los tártaros por la labor de zapa de Zebek Dorchi y su aliado el Lama eran muy profundos. Todo el poder se hallaba en manos de Zebek Dorchi; era él quien en verdad empuñaba el cetro del poder absoluto; no había medida grave que no se le consultase y, en última instancia, nada se resolvía sino por su voluntad. Para llegar a tal situación se había valido durante uno o dos años de medios muy sencillos: en primer lugar aprovechó en favor suyo el prejuicio, muy difundido entre los calmucos más humildes, de que sus propios títulos al trono, en su calidad de biznieto en línea directa de Ajouka, el más ilustre Khan de los Calmucos, tenía fundamentos más sólidos que los de Oubacha, quien sólo pertenecía a una rama lateral; en segundo lugar, aprovechó la única ventaja que Oubacha poseía sobre él, o sea la ratificación de su cargo, para aumentar la diferencia entre ellos pero en desmedro de su rival, que no había tenido reparos en aceptar el triunfo que le ofreciera una potencia extranjera, aun a costa de su independencia, mientras que él daba a entender su desdén por tales favores; lo ayudaron, en tercer lugar, su propio talento y habilidad, unidos a la energía feroz de su carácter moral y en cuarto lugar, tal vez si en el mismo grado, la blandura e ingenuidad criminales de Oubacha; por último (y este rasgo notable declara su temperamento) utilizó la nueva organización de la Sarga o Consejo Privado como tema principal de sus insultos e insinuaciones maliciosas contra el Gobierno de Rusia, cuando en verdad fuera él quien propuso las reformas a la Emperatriz y quien más salió ganando con ellas. El mismo presidía el Consejo y pagaba las pensiones de los Sargatchi, que le debían sus nombramientos; ya se entiende que, puesto que con arreglo a las nuevas disposiciones todo el poder del Estado que podía oponerse al Khan se centraba en la Sarga, enteramente sometida a Zebek Dorchi, todas las funciones del gobierno, aunque correspondiesen de nombre al príncipe o al Consejo, se hallaban en sus manos; al mismo tiempo, gracias a su estrecha alianza con el Lama, disponía de los truenos del poder espiritual, que acudían a suplir su incapacidad en lo que no estuviera a su alcance.

Pero ya se aproximaba rápidamente la hora del terrible experimento. Llegaba el día en que se daría la orden de levantar el estandarte de la rebelión y, con movimiento unánime de los calmucos de ambas márgenes del Volga, difundir la vaga conflagración que envolvería en el mismo fuego sus propias chozas y las soberbias ciudades de sus enemigos a lo largo y lo ancho de las grandes provincias en que se dispersaban sus rebaños. Sólo faltaba un mes para que comenzara el año del tigre; se había elegido la quinta mañana del año como el momento fatal en que la fortuna y la felicidad de toda una nación se confiarían al azar de un lance de dados; y aun ahora el pueblo seguía ignorando por completo el plan. El Khan era de natural tan bondadoso que no podía decidirse a la revelación que con tanta urgencia se requería; como era evidente que ya no se podía aguardar más, Zebek Dorchi aceptó, de buena gana, hacer el anuncio. Mas, ¿cuándo y cómo lo haría de modo que no llegara a oídos de los rusos? Después de mucho pensarlo se puso en práctica el siguiente plan: Varios correos llegaron casi a un tiempo, reventando caballos, con la noticia de una súbita incursión de kirghizes y bashkirs por tierras de los calmucos, en un punto situado a unas 120 millas de distancia. Conforme a usos inmemoriales se pidió a cada familia calmuca que enviara un representante a ese lugar, donde todos llegaron antes de que pasaran tres días. La distancia, el paraje solitario señalado para la cita, la rapidez de la marcha, hacían casi seguro que ningún ruso se hallaría presente. Zebek Dorchi se presentó ante la asamblea y, sin perder tiempo en giros retóricos, desenvolvió una inmensa hoja de pergamino, visible para toda la vasta multitud; eran unos 80.000 hombres; todos podían verlo, muchos escucharlo. Habló de las opresiones de Rusia; de su orgullo, del altivo desdén del que les diera mil pruebas; de su desprecio por la religión de los calmucos y su empeño por reducirlos a una esclavitud total; de las medidas que ya había adoptado para conseguirlo, levantando fuertes junto a varios de los grandes ríos de la región, sin duda para circunscribir sus tierras de pastoreo, hasta obligarlos a renunciar a sus rebaños y a reunirse en ciudades como Sarepta, donde serían zapateros, sastres y tejedores, oficios bajos y serviles que siempre ha menospreciado el tártaro, que nace libre. «Además», añadió el príncipe sutil, «cada año aumentan los tributos militares impuestos a nuestro pueblo; cuando jóvenes derramamos nuestra sangre en defensa de Rusia o, más a menudo, en apoyo de sus agresiones insolentes; cuando viejos nada cosechamos de nuestros sufrimientos, ni nos aprovecha haber sobrevivido donde tantos fueron sacrificados.» Llegado a este punto de su arenga Zebek mostró varios documentos (se cree que falsificados por él mismo y por el Lama) que contenían los proyectos de la Corte de Rusia para apoderarse como rehenes de los hijos mayores de las familias calmucas, que serían arrebatados *en masse* a las casas más ilustres y llevados a la corte imperial. «Si esto llega a suceder», dijo, «a partir de ese día habrá terminado toda resistencia efectiva. Podremos someter nuestras peticiones y hasta nuestras protestas; seremos valientes pero con palabras, no con hechos que fueron el lenguaje de nuestros antepasados; Rusia nos tendrá encadenados y se burlará de nuestros deseos, pues sabrá muy bien que no hemos de atrevernos a una resistencia eficaz.»

Tras avivar la indignación y alarmar los temores de la multitud que lo escuchaba denunciando esta pretendida intriga en contra de sus primogénitos (artificio indispensable, ya que refutaba por anticipado *cualquier* enmienda a su propuesta que viniese de los nobles más prudentes quienes, de otra manera, habrían insistido en dirigirse abiertamente a la emperatriz antes de recurrir a extremos tan desesperados), Zebek Dorchi declaró su intención de rebelarse y, si esto se aceptaba, de rebelarse en el acto, pues en cuanto se conocieran sus preparativos, San Petersburgo ordenaría a los ejércitos rusos de Asia que ocuparan posiciones desde las cuales pudiesen interceptar la marcha de los calmucos. Lo curioso es que, a pesar de su audacia y su seguridad en el momentáneo apasionamiento de la multitud, el astuto príncipe no se atrevió a proponer, en esta fase de la seducción, la sorprendente huida a China. Por ahora sugería tan sólo una rápida marcha al Temba o cualquier otro de los grandes ríos, que atravesarían para ocupar en la ribera más lejana una posición de fuerza, un reducto bien protegido desde el cual pudieran hablar con más firmeza a la Zarina, que tal vez entonces los escucharía favorablemente.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

